

En la jaula de la Torre Eiffel

Miguel Ángel Asturias

La gran guerra, Rusia, México, España, México y Rusia otra vez, Berlín, la India, la China, la crisis del humanismo, crisis total, y el imperio de lo económico, fenómeno universal, dan a los nuevos escritores hispanoamericanos un sentido de lo suyo que los hace volverse a América con algo que forma parte de su personalidad. América es el amén de los hombres nuevos. El escritor americano había sido hasta ahora local o europeo. Se quedaba en el pueblo y escribía como en el pueblo aprovechando el lenguaje pintoresco del paisaje, lo anecdótico, lo fácil, lo familiar; todo esto sin profundidad por falta de convencimiento, con los ojos puestos en las revistas extranjeras, ventanas sobre lo universal, a lo que secretamente aspiraba; o salía a Europa y en el ambiente del Viejo Mundo se lavaba el sudor americano y corría al cultivo de formas literarias en boga, cerrando los ojos voluntariamente, para ver con los ajenos. La literatura autóctona, que antes calificamos de local, no llegó nunca a tener importancia folklórica, fue más bien ocasional. Cabe decir, sin embargo, que no pocos artistas, al menos de temperamento, acabaron su vida en querer construir con los elementos locales el poema o el libro que les diese renombre universal. Frente a la literatura de los que se quedaban en su América, se alzó la literatura europeizante, cultivada por los espíritus atentos de cada país o por los que volvían de los centros culturales del Antiguo Continente. Y así es como vemos en América formarse las generaciones que se califican de clásicas, románticas, modernistas, etc. En cualquier manual de literatura hispanoamericana que abramos, América da el espectáculo de una literatura de gente que «hace cola» en las escuelas europeas; quien imita lo español, quien lo francés, quien lo italiano, quien lo ruso, quien lo inglés. Hay en toda nuestra literatura

un olvido de lo propio desconcierta. Puede afirmarse que hasta la fecha está naciendo la literatura americana, en el preciso sentido de la palabra americano, no americano local y puramente pintoresco, o americano europeo, sino americano universal. Y de ahí el interés de este momento en nuestros países. ¿Qué interés, qué importancia, qué valor puede tener el aporte artístico de un hombre que no dice lo suyo, que se lo calla, que se lo come como la víbora se come a sus hijos, por decir lo de los otros; o que si habla de lo que le pesa en el corazón, es el caso de positivos valores, lo hace empleando el idioma del vecino?

Los nuevos, y llamemos así a los que aspiran a universalizar lo americano sin vestirlo de europeo, tal y como es, con su belleza y sus defectos, no alcanzan todavía al grueso del público. Es más, se las regatea el valor de sus obras en nombre de la gramática de la lengua castellana; de la falta de sentimiento, entiéndase sentimentalismo barato de tango argentino; se les ve como problemas de álgebra, o a disparates de loco que no sabe lo que dice. Mientras seguimos rindiendo culto a una serie de valores ficticios, de señorones que escribieron a la manera de este o de aquel célebre autor europeo, callamos los nombres de los que rompiendo esa tradición simiesco-literaria, han querido llevar los acentos de su propia personalidad al poema, a la novela, y a todas las manifestaciones artísticas, pintura, música, escultura, etc. Y es que si ya se está creando esa modalidad de lo americano universal que anunciamos, aún falta el público. El público americano sigue siendo el de los autores que imitaban a Hugo, a France, a tantos más. No existe todavía el público que los nuevos autores necesitan, y a ellos toca ahora la labor de creárselo. Ya destruyeron, y acaso toda la labor artística de este momento sea destructiva (Picasso destruyó en pintura; Varese, en música; Arp, el alemán, en poesía), y como en América el campo es propicio para todas las rebeliones, aun para las absurdas rebeliones de la casta de militaroides que infesta nuestros países, y como también no había mucho que destruir, pues casi todos los valores eran valores con referencia a un maestro en el arte, el campo está limpio y precisa construir, levantar las nuevas columnas de una obra apartada de toda servil sumisión a lo europeo, con un sentido universal, de americano a la puerta de todos, vibrando con propios y eternos sonidos, entre las múltiples manifestaciones de arte actual.

Ejemplos de esta obra que se está llevando a cabo silenciosamente y sin más relación, de país a país, que el buen entendimiento que hay en espíritus elevados acerca de lo que en hora determinada toca realizar, lo dan libros como Don Segundo Sombra, Los de abajo, que no es lo mejor de Azuela, pero lo cito por más conocido, Doña Bárbara, La vorágine, y la novela del venezolano Arturo Úslar Pietri, Las lanzas coloradas, que acaba de publicar Zeus, en Madrid.

Sin decir nada definitivo respecto a la obra del autor de Barrabás, que otros con más autoridad juzgarán, se descubre en ella esa lucha tremenda que desde siglo y medio se trae América: la busca de su espíritu. Hombres de carne, cam-

pesinos de carne, ciudadanos de carne, luchan contra lo español, que en la época de la Independencia significa lo espiritual, lo importado de Europa, lo tradicional, el Dios ajeno, el concepto ajeno de sociedad y de derecho. América, la carne, se rebela y alza pabellones desgarrados, en los que se descubren a trasluz, como en hojas gigantes, las venas de sus hijos, clamando por todas partes: ¡Libertad! En un edificio hueco y apollado, sostenido por las armas gastadas en Flandes y demás desangradores de España, entierran los nativos su grito y su lanza; quieren la pelea, la buscan, la ansían, necesitan que su carne se sacuda del yugo en la refriega. De esta primera lucha surgen las Repúblicas del Nuevo Continente. Un sordo clamor se apaga en las fronteras de la Gran Colombia. En México, Iturbide intenta un Imperio. Todo es oleaje de reflujos sobre las playas del descorazonamiento bolivariano. Se fragmentan países que tienen para estar unidos el denominador común de la lengua. Luchan entre ellos por cuestiones de fronteras. Las Universidades son centros de continuo batallar político. Imperan los caudillos empurpurados de sangre de la cabeza a los pies. Lucha tremenda por la igualdad política seguida a través de casi un siglo. Altas y bajas. Ensayos los más audaces de sistemas políticos. Constituciones avanzadísimas, jamás cumplidas. Nuevas sacudidas del pueblo. Encadenamientos que duran en México treinta años. Madero. Luchas universitarias en Sud-América. Y de nuevo, el problema de la independencia frente al avance de Norteamérica, el país de los bandidos de Nicaragua y de Chicago. Se agita Cuba, se desarrolla la guerra de Santo Domingo, se dan batallas en México contra el nuevo invasor. Y vuelve a plantearse el problema del espíritu. América, de carne, busca su espíritu para oponerle al mismo tiempo que sus armas de defensa económica, al imperialismo.

En el libro de Úslar Pietri, que no contiene sino uno sólo de los capítulos de esta conflagración gigantesca, el de la lucha de independencia en Venezuela, por su universalidad adquiere el valor de los sonidos que nos recuerdan otros, de las frases vitales que encierran el velado problema de nuestro destino.

La arquitectura de la obra, el estilo suelto, sin cargas de adjetivos, muy tramado al tema y la emoción por revivida sin palabras entre líneas adivinada, dejan en el lector atento la impresión sabrosa del que se está asomando por un balcón nuevo, que abarca más, a un país ya conocido y que, sin embargo, le parece descubrir a un país del cual sólo sabía su geografía, su historia, su potencialidad económica, pero no lo que ahora nos da Pietri: la emoción universal de un momento de la vida, de un pedazo de tierra que se llama, en América, Venezuela.

Hacer volver a América hacia lo intocado e intocable, es extender su dominio en todos los sentidos. Tiene el libro de Pietri no sé qué de mitologías. Bolívar mismo pasa por sus páginas como un tótem, como un hombre mágico cuyo solo nombre hizo la guerra y triunfó sobre sus enemigos.

En lo que toca a la materia literaria, se descubren en Las lanzas coloradas dos influencias: la de la música y la del cinematógrafo. Las lanzas coloradas llevada a la pantalla sería una película de masas; llevada a la música, una obra de baterías. Y no decimos más de esta novela llamada, así lo auguramos, a despertar unánimes aplausos entre los espíritus vigías de nuestro Continente.

Nueva España, 30 de junio de 1931